

Primer simposio sobre historia contemporánea  
de México 1940-1984

Inventario sobre el pasado reciente



¿Empleo estable o desempleo creciente? *Miguel Angel Rivera* 109

El IMSS, Ficorca, las exportaciones no petroleras:  
no sólo cenizas hallarás. *Pedro Aspe* 111

Un proyecto de país, aquí y ahora. *Saúl Escobar* 113

### Tercera Jornada: cultura y medios masivos de comunicación

Del difícil matrimonio entre cultura y medios masivos.  
*Carlos Monsiváis* 119

Hermosa república mexicana:  
la cultura te saluda. *José Joaquín Blanco* 133

Democratización del espacio, privatización de los medios.  
*Fátima Fernández Christlieb* 137

La crisis de las políticas culturales:  
del desarrollismo al monetarismo.  
*Néstor García Canclini* 145

Servicio e instrumento: la televisión que yo soñé.  
*Antonio Saborit* 151

El público, el gran ausente. *José Joaquín Blanco* 153

Inducir políticas culturales. *Francisco Pérez Arce* 155

### Cuarta Jornada: México y Estados Unidos

México y Estados Unidos: lo relevante desde 1940.  
*Lorenzo Meyer* 159

La migración: problema metodológico y problema político.  
*Luis Barjau* 169

Fábulas de la sumisión y la independencia.  
*Lorenzo Meyer* 175

La migración como tabú. *Luis Barjau* 181

La percepción estadounidense sobre México. *Luis Maira* 183

Nomadismo rural y desarrollo urbano: águila y sol.  
*Jorge Bustamante* 191

México—Estados Unidos: en busca de los límites tolerables.  
*Adolfo Aguilar Zinser* 197

La naturaleza de las relaciones entre dos países depende, entre otras cosas, de sus respectivos procesos internos y del contexto mundial en el que operan. Dada la obvia disparidad de fuerza económica y política entre México y Estados Unidos, la asimetría de la relación es una de las determinantes fundamentales de la forma y contenido de dicha relación; es el supuesto básico. Entre 1940 y 1980 el contexto mundial en que la relación tuvo lugar fue, en gran medida, determinado por la acción global de Estados Unidos. Finalmente, y en aras de una simplificación que espero no sea excesiva, otro supuesto de este trabajo es que la naturaleza de los procesos internos del sistema sociopolítico estadounidense se toma como una constante para poder concentrar la atención en los factores internos nacionales y en ciertos cambios importantes del sistema de poder regional.

La compleja trama de las relaciones bilaterales se presta a innumerables subdivisiones; en esta presentación sólo se recurrirá a cuatro: relaciones de gobierno a gobierno, relaciones entre los dos gobiernos como parte de procesos multilaterales, relaciones entre un gobierno y grupos o instituciones privadas del otro país y relaciones entre grupos e instituciones privadas de los dos países.

En prácticamente todos los temas de la relación entre México y Estados Unidos que se presentan en este ensayo ya se ha efectuado algún tipo de estudio, pero esto no quiere decir de ningún modo que el campo haya sido agotado. Por el contrario, los trabajos elaborados —algunos de los cuales se citan— pueden ser la base para estudios más detallados, para nuevas interpretaciones o para ambas cosas.<sup>1</sup>

### Industrialización: el desafío mexicano

1940 marca, en el contexto mexicano, no sólo un cambio presidencial más —hecho importante en sí mismo dada la naturaleza de nuestro sistema político— sino sobre todo un cambio sustantivo en la orientación política del país: la izquierda oficial, es decir el cardenismo, empezó a ceder terreno frente a los embates de las otras corrientes más conservadoras. Este proceso desembocó en la marginación más o menos rápida y efectiva del ala izquierdista del Partido de la Revolución Mexicana, que en 1946 se transformaría en el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Desde 1940, el presidente Manuel Avila Camacho tuvo como política central la conciliación entre las clases —la famosa “unidad nacional”—, que a la larga favorecería soluciones

<sup>1</sup> Una visión general de la relación entre México y Estados Unidos se encuentra en las siguientes obras: Howard Cline, *The United States and Mexico, 1821–1973*, 1973; Richard Erb y Stanley Ross, *U. S. Policies Toward Mexico; Perceptions and Perspectives*, 1979; Peter H. Smith, *Mexico: The Quest for U. S. Policy*, 1980; Robert H. McBride (ed.), *Mexico and the United States*, 1981; Josefina Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos, un ensayo histórico, 1776–1980*, 1982; Carlos Tello y David Barkin (eds.), *Las relaciones México–Estados Unidos*, 1981; David Barkin et al., *Las relaciones México–Estados Unidos*, 1980; Alonso Gómez–Robledo Verduzco (coord.) *Relaciones México–Estados Unidos*, 1981; Luis G. Zorrilla, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América, 1800–1958*, 1966.

relativamente conservadoras a los problemas nacionales. El radicalismo mexicano de los años treinta desapareció a finales del decenio siguiente y se inició lo que la historiografía mexicana denomina la posrevolución.

La industrialización mexicana a través de la sustitución de importaciones es un fenómeno cuyas raíces son anteriores a 1940, pero fue a partir del gobierno de Avila Camacho que se hizo explícita la intención del gobierno, y de las clases dirigentes, de dar prioridad a los procesos industriales sobre las políticas de redistribución en general y sobre el desarrollo social agrario en particular, que fue una de las características centrales del período inmediato anterior. El proceso de industrialización y todas las transformaciones que llevó aparejadas fue lo que dio la tónica al desarrollo mexicano de 1940 a 1980 y también a la relación mexicano—estadunidense.

Desde fines del porfiriato, pero sobre todo a partir de la revolución de 1910, el nacionalismo mexicano se expresó, entre otras formas, como una lucha más o menos abierta en contra de la inversión extranjera tradicional: agricultura, minería, petróleo, electricidad, ferrocarriles. Esto significó cambios en la legislación que afectaron a numerosas empresas con capital foráneo. El nacionalismo defensivo llegó a su culminación con la expropiación petrolera de 1938 y a partir de ese momento empezó a perder algo de su vitalidad. Por lo tanto, la relación entre México y los países con inversiones sustantivas en nuestro territorio —entre los que destacaba, obviamente, Estados Unidos— mejoró notablemente aunque la fricción no desapareció del todo. A partir de 1940, México alentó con cierto éxito el ingreso de capital y tecnología extranjera para acelerar el proceso de industrialización que tanto le importaba. Para 1980 este capital ascendía a casi 10 millones de dólares; el grueso de este capital provino de Estados Unidos.<sup>2</sup> La presencia de un nuevo tipo de inversión extranjera directa (IED) daría lugar a constantes debates internos en México, pero en cualquier caso la IED terminó por convertirse en un elemento central del proceso de la transformación económica de México aunque su importancia relativa disminuyó un tanto en los últimos años frente a la inversión indirecta, en la que la presencia estadounidense fue también importante aunque menor.<sup>3</sup>

Por lo que se refiere al contexto internacional, el hecho fundamental en 1940 era la guerra europea y la tensión creciente entre Estados Unidos y Japón, que desembocó en la guerra entre los dos países en diciembre de 1941. Desde fines de los años treinta el gobierno de Washington había puesto en marcha una política para América Latina encaminada a la consolidación de un sistema político interamericano que aislara a la región de las influencias de los países del Eje. México y Brasil fueron países claves en América Latina para el éxito de esta política estadounidense de Buena Vecindad, sobre todo por la negativa de Argentina a respaldar la línea trazada por Washington.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Sobre el tema de la inversión extranjera en general y la estadounidense en particular véase Banco de México, *Inversiones extranjeras, (1940-1961)*, 1965; Jorge Echániz y Emilio Mújica, *Inversiones extranjeras*, 1958; José Luis Ceceña, *México en la órbita imperial. Las empresas transnacionales*, 1975; Bernardo Sepúlveda y Antonio Chumacero, *La inversión extranjera en México, 1973*; Fernando Fajnzylber y Trinidad Martínez Tarragó, *Las empresas transnacionales. Expansión a nivel mundial y proyección en la industria mexicana*, 1976.

<sup>3</sup> En relación con la inversión externa indirecta, puede consultarse a María del Rosario Green, *El endeudamiento público externo de México, 1940-1973*, 1976.

<sup>4</sup> Sobre la naturaleza y efectos de la política de Buena Vecindad puede verse a Bryce Wood, *The Making of the Good Neighbour Policy*, 1961.

## El inicio: la Segunda Guerra Mundial

El hecho fundamental en la relación mexicano—estadunidense entre 1940 y 1945 es el acercamiento entre los dos países a raíz del conflicto mundial, que culminó en 1942 con una alianza formal entre ambos como parte de otra mayor en contra de los países del Eje. En este período, los temas centrales fueron varios e interesantes. Destaca, en primer lugar, lo que podríamos llamar “el arreglo de las cuentas pendientes”. Desde fines del período de Cárdenas, pero sobre todo en los primeros años de Avila Camacho, la necesidad estadunidense de fortalecer la cooperación con México para la protección de su propia seguridad, permitió que se negociaran rápida y efectivamente muchos de los problemas que aún estaban pendientes entre los dos países, y fue por ello que la negociación resultó relativamente favorable para México. Estos problemas fueron, entre otros, las indemnizaciones por las expropiaciones agrarias y petroleras, el arreglo de la deuda externa y la distribución del uso de las aguas de los ríos internacionales— el Colorado, Tijuana y Bravo.

En segundo lugar y como contrapartida del proceso anterior, se estableció una cooperación de carácter militar y otra de naturaleza económica. En el aspecto militar, México actuó con cautela para evitar compromisos contrarios a su concepción del nacionalismo y la soberanía; la opinión pública de entonces mostró mucha reserva frente a la alianza con Estados Unidos. Por otra parte, el comercio entre México y Estados Unidos se intensificó y resultó vital para el proceso de crecimiento económico de esos años. El intercambio con Estados Unidos llegó a representar el 90 por ciento del comercio exterior de México. La relación económica entre México y su vecino no se concretó al intercambio de bienes sino también incluyó la presencia masiva de trabajadores mexicanos que fueron a ocupar puestos en zonas de la economía estadunidense donde había escasez de mano de obra, particularmente en labores agrícolas en la zona fronteriza. De esta necesidad estadunidense de trabajo manual mexicano surgió un convenio de braceros. Finalmente, también hubo transferencias de capital, pues el gobierno de Estados Unidos hizo una serie de préstamos oficiales a México que hubieran sido indispensables apenas unos cuantos años antes, como fueron, por ejemplo, los créditos a Pemex.<sup>5</sup>

En el campo de las negociaciones entre grupos privados y gobiernos, destacan las de las empresas petroleras estadunidenses expropiadas en 1938 y de los tenedores de las acciones de los ferrocarriles con el gobierno mexicano. También fueron importantes las relaciones entre empresarios mexicanos interesados en adquirir productos industriales de EU racionados por necesidades de la economía de guerra, y los organismos de Estados Unidos encargados de autorizar su venta y exportación. Por lo que hace a la relación mexicano—estadunidense en foros multilaterales, las áreas de interacción más importantes fueron el sistema interamericano y, en menor medida, las recién creadas Naciones Unidas.<sup>6</sup>

El universo de la relación entre instituciones privadas y grupos de los dos países debe ser muy rico pero es aún un campo poco explorado en esta etapa o en las posteriores; se trata de un campo fértil para descubrimiento. Por otro lado, el esfuerzo antifascista llevó a que la Confederación de Traba-

<sup>5</sup> Blanca Torres, *Historia de la Revolución Mexicana. Período 1940—1952. México en la Segunda Guerra Mundial*, 1979.

<sup>6</sup> *Ibid.*

jadores de México (CTM) entablara relaciones de cooperación con el movimiento obrero organizado de Estados Unidos. Finalmente, la relación económica entre las ciudades mexicanas de la frontera norte y el mercado estadounidense de las ciudades colindantes de Estados Unidos —la llamada “zona libre”— es otro tema de estudio que cae dentro de este ámbito para este momento y para todo el período.<sup>7</sup>

## Industrialización y guerra fría

Desde el fin de la contienda mundial hasta mediados del decenio de los cincuenta, el proceso económico mexicano se caracterizó por mantener un alto ritmo de crecimiento pero también por serios problemas inflacionarios y de balanza de pagos; la naturaleza del intercambio comercial con Estados Unidos no fue ajena a estos dos fenómenos. En realidad, el ritmo de la modernización de México resultó muy vulnerable a los cambios en los procesos económicos estadounidenses, prueba de la dependencia de la economía mexicana respecto de la vecina del norte.<sup>8</sup>

En el contexto internacional de las relaciones mexicano—estadunidenses, el hecho más importante fue el surgimiento de la confrontación global entre Estados Unidos y la Unión Soviética, la llamada “guerra fría”. Este enfrentamiento entre las dos superpotencias relegó a América Latina a un plano muy secundario en la lista de prioridades de Estados Unidos, lo que frustró el proyecto mexicano de transformar la alianza de la guerra en otra de carácter más permanente y en la que la cooperación económica fuese el cemento que uniera los disímboles intereses nacionales de los países subdesarrollados al sur del río Bravo y de Estados Unidos. Para México, la transformación del sistema interamericano en una alianza anticomunista no tuvo gran atractivo, y poco a poco el antagonismo entre los intereses nacionales de los dos países se hizo evidente, aunque ya no desembocó en el tipo de confrontaciones abiertas de antes de 1940.

En esta época destaca, en el plano político bilateral, el interés de Estados Unidos por la sucesión presidencial de 1946. Para Estados Unidos resultaba importante asegurar que el sucesor de Avila Camacho no hiciera ningún compromiso sustantivo con la izquierda oficial, y menos con la no oficial.<sup>9</sup> Fue en buena medida con base en su anticomunismo y su entusiasmo por la empresa privada, que Miguel Alemán logró disipar ciertos celos iniciales de Washington en torno a su persona y mantener después una buena relación con Estados Unidos. La destrucción del lombardismo y de los remanentes del cardenismo en esta época fue un hecho muy bien recibido en las esferas oficiales estadounidenses que estaban a cargo de los asuntos mexicanos.

El tema del anticomunismo alemanista debe ser investigado, pues si bien

<sup>7</sup> Una visión general de las relaciones entre los sindicatos mexicanos y estadounidenses se encuentra en Harvey A. Levenstein, *Labor Organizations in the United States and Mexico. A History of their Relations*, 1971. Por lo que se refiere a la relación entre las ciudades de ambos lados de la frontera, véase a Jorge Bustamante y Francisco Malagamba, *México—Estados Unidos: bibliografía general sobre estudios fronterizos*, 1980, y Roque González Salazar, *La frontera del norte: integración y desarrollo*, 1981.

<sup>8</sup> Olga Pellicer y Esteban Mancilla, *Historia de la Revolución Mexicana. Período 1952—1960. El entendimiento con los Estados Unidos y el desarrollo estabilizador*, 1978.

<sup>9</sup> Luis Medina, *Historia de la Revolución Mexicana. Período 1940—1952. Civilismo y modernización del autoritarismo*, 1979.

las declaraciones oficiales del gobierno mexicano y algunas de sus acciones lo situaron al lado de "las democracias" en la lucha contra "los totalitarismos", el compromiso con la política global de Estados Unidos tuvo límites. Así, por ejemplo, México votó en favor de la llamada "resolución pro-paz" que llevó al enfrentamiento armado entre las Naciones Unidas por un lado y China y Corea del Norte por el otro, pero se negó a comprometer contingente alguno en la lucha coreana, aunque fuera simbólico. Las negociaciones para que México firmara un tratado bilateral con Estados Unidos para recibir ayuda militar concluyeron en 1952 en un fracaso. En el campo de la política interamericana, el gobierno mexicano, en unión de otros de la región, intentó que la cooperación política que tanto interesaba a Estados Unidos, y cuyas expresiones concretas fueron la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947 o la constitución de la Organización de Estados Americanos de 1948, tuviera una contraparte económica, de tal manera que hubiera una ayuda estadounidense sustantiva para el desarrollo latinoamericano. Estos esfuerzos fueron inútiles y la diferencia en la concepción de cuál debería ser la naturaleza de la política interamericana llevó a la cancelación de la "política de Buena Vecindad", al menos por lo que a México se refería.

¿Cuál fue la reacción estadounidense a los planes de industrialización de México? Por algún tiempo, el gobierno de EU consideró inadecuado el proyecto mexicano por carecer de viabilidad a largo plazo y trató de oponerse a él, aunque sin mayor éxito.<sup>10</sup> En esta época la diplomacia estadounidense apoyó el retorno de algunas de las inversiones "tradicionales" de sus nacionales a México, como por ejemplo la petrolera, pero tampoco tuvo éxito el esfuerzo en este campo. Parte de esta diferencia de intereses en torno a la industrialización mexicana a través de la sustitución de importaciones impidió la renovación del tratado de comercio mexicano-estadunidense. También dio por resultado que un grupo de empresarios mexicanos insistiera en que se reglamentara con mayor rigor el ingreso de capital externo, pero encontró oposición en otros sectores de la empresa privada y finalmente no prosperó. La IED aumentó en poco más de cien millones de dólares durante el sexenio de Miguel Alemán, siendo en su mayor parte de origen estadounidense.<sup>11</sup> El aumento en la afluencia del turismo de Estados Unidos hacia México tuvo un impacto notable en nuestro país, tanto en lo económico como en lo cultural; a partir de los años cincuenta el renglón turístico se convirtió en una fuente importante de divisas para México.

El aumento de la influencia cultural estadounidense —la "americanización" de México— es un hecho patente en esta época, aunque también lo fue el que aún había resabios de la desconfianza del público mexicano hacia el vecino del norte. La colaboración estadounidense en la campaña contra la fiebre aftosa es un buen ejemplo de esta reserva, pues una parte de la opinión pública mexicana reaccionó con gran escepticismo y aun con violencia frente al apoyo del gobierno de Estados Unidos a este esfuerzo radical por eliminar ese mal de la ganadería mexicana a fin de que pudiera exportarse carne y ganado a Estados Unidos y, sobre todo, de que la enfermedad no se extendiera al norte de nuestra frontera.

La migración de trabajadores mexicanos a Estados Unidos empezó a cambiar de signo en estos tiempos, pues disminuyó la necesidad de mano de

<sup>10</sup> Blanca Torres, op. cit.

<sup>11</sup> Bernardo Sepúlveda, Olga Pellicer y Lorenzo Meyer, *Las empresas transnacionales en México*, 1974.

obra no especializada en Estados Unidos, por lo que las condiciones para los braceros fueron menos favorables. Este problema afectó tanto las relaciones de gobierno a gobierno como aquéllas entre las organizaciones obreras de los dos países, y desde luego las que se dieron entre los agricultores del sur de Estados Unidos y los braceros, un grupo social desorganizado o muy débilmente organizado en el mejor de los casos. Las deportaciones masivas de trabajadores mexicanos se convirtieron en rutina y las negociaciones en torno al tratado de braceros de 1951 fueron muy difíciles para México.<sup>12</sup>

## El desarrollo estabilizador

Bajo la administración de Adolfo Ruiz Cortines (1952–1958) México entró en lo que se ha dado en llamar, la etapa del “desarrollo estabilizador”: estabilidad en los precios y en el tipo de cambio y crecimiento sostenido del Producto Interno Bruto (PIB) de alrededor de 6 por ciento en promedio, todo como resultado de una estabilidad política basada en una presidencia muy dominante. Esta calma en el proceso político se vería afectada por el conflicto sindical de 1958 y, sobre todo, por el conflicto estudiantil de 1968; la estabilidad económica desaparecería de manera más definitiva alrededor de 1973. Las presiones inflacionarias de la economía internacional irrumpieron entonces en México para desatar un ciclo de inflación, déficit en la balanza comercial, devaluación y grandes fluctuaciones en la tasa de crecimiento del PIB, que desembocó en la gran crisis de 1982.

Para el gobierno mexicano, el tema principal de su relación con Estados Unidos desde mediados de los cincuenta hasta los setenta fue la relación comercial. La protección que dio Estados Unidos a sus productores se tradujo en varias ocasiones en crisis muy serias para los productores mexicanos —un buen ejemplo de lo anterior lo constituyó el *dumping* algodonero estadounidense de los años cincuenta, que afectó a los agricultores mexicanos, o la imposición de aranceles altos al plomo y al zinc. Una salida a los déficit en el intercambio con Estados Unidos se encontró en el aumento de la IED —entre 1952 y 1970 se cuadruplicó y en un 80 por ciento fue de origen estadounidense— así como en un aumento notable en el endeudamiento externo del sector oficial mexicano, que en parte se contrató con instituciones de Estados Unidos.<sup>13</sup> En este período el debate interno mexicano en torno a la inversión extranjera no desapareció, pero aparentemente ya no tuvo el carácter de etapas anteriores: la izquierda siguió combatiendo a la IED pero no así ese grupo empresarial que en el pasado pidió su reglamentación estricta. La interrelación de los intereses económicos del capital mexicano con el estadounidense constituye en esta etapa, como en otras, un campo poco tratado por la investigación.<sup>14</sup>

En el terreno estrictamente político, México siguió una línea de conducta cautelosa y de defensa del principio de no intervención, lo que le llevó a diferir de Estados Unidos respecto de la política a seguir hacia Guatemala. El reformismo de los gobiernos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz en el vecino país del sur se topó muy pronto con la oposición estadounidense, que decidió usar el sistema interamericano contra el régimen de

<sup>12</sup> Olga Pellicer y Esteban Mancilla, *op. cit.*

<sup>13</sup> María del Rosario Green, *op. cit.*

<sup>14</sup> Olga Pellicer y Esteban Mancilla, *op. cit.*; Miguel S. Wionczek, *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera*, 1967.



Guatemala; en cambio, México se negó a legitimar la destrucción de ese reformismo en 1954. Esta diferencia de posiciones entre México y Estados Unidos en relación con los cambios políticos de corte revolucionario en América Latina se acentuó dramáticamente a partir del triunfo de los revolucionarios cubanos encabezados por Fidel Castro en 1959. La diplomacia de México debió transitar entonces por caminos muy azarosos.

Por un lado, el gobierno de México se negó a aceptar como legítimas y adecuadas las acciones estadounidenses contra Cuba así como ciertas resoluciones anticubanas en el seno de la OEA, inspiradas también por Estados Unidos, pues ello significaba debilitar el principio de no intervención que había sido aceptado por el gobierno de Washington y los países latinoamericanos en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, por otro lado, la realidad política internacional obligó a México a evitar un choque frontal con Estados Unidos en aquellos campos en donde Washington consideraba que estaba en juego su seguridad nacional. Por ello, México se abstuvo de romper sus relaciones diplomáticas con el gobierno cubano pese a que la mayoría de los miembros de la OEA votaron en favor de tal medida. Por otro lado, México participó callada pero activamente en el bloqueo político y económico decretado por Estados Unidos en contra de la isla antillana e incluso, durante la llamada "crisis de los misiles" de 1962, respaldó la posición estadounidense. La notable actividad que desplegó entonces el gobierno del presidente Adolfo López Mateos en busca de nuevos contactos internacionales, políticos y económicos, para México, se puede interpretar como un esfuerzo por ampliar el espacio internacional mexicano, muy reducido ya por los límites que le impuso la relación bilateral con Estados Unidos en un ambiente de guerra fría y falta de cooperación económica.<sup>15</sup>

### Crisis interna, dependencia externa

La crisis económica que se había perfilado en México desde los años sesenta se hizo evidente a partir de los procesos inflacionarios desatados en 1973. Esta circunstancia habría de mostrar que uno de los puntos más vulnerables del aparato productivo mexicano, y de su modelo de crecimiento, era su dependencia externa, en particular respecto de Estados Unidos. El déficit del comercio exterior mexicano en 1970 —que en más del 60 por ciento se hacía con Estados Unidos— fue de poco más de mil millones de dólares y cinco años más tarde era superior a los 3 mil 700 millones. La deuda externa del sector oficial —instrumento con el cual se había querido hacer frente a los déficit— ascendía a más de 15 mil millones de dólares. En 1976 no hubo más salida que una drástica devaluación del peso frente al dólar, que tuvo serias consecuencias económicas y políticas. El crecimiento económico simplemente se detuvo y la confianza de los inversionistas en la acción gubernamental se perdió. La recuperación requirió que México aceptara someterse a la disciplina del Fondo Monetario Internacional —organización en la que la influencia de Estados Unidos y las principales potencias industriales es decisiva— para intentar obtener apoyo internacional.<sup>16</sup>

La vulnerabilidad de la economía mexicana, más otros factores, llevaron al presidente Luis Echeverría a insistir en el camino de López Mateos, aunque con mayor énfasis, en la diversificación de los contactos políticos y

<sup>15</sup> Olga Pellicer, *México y la Revolución Cubana*, 1972.

<sup>16</sup> Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, 1976.

Mundo en relación con el comercio mundial. Pese al poco entusiasmo de Washington, el gobierno mexicano, junto con otros, presionó al de Estados Unidos para celebrar una junta cumbre entre los países industriales del norte y los subdesarrollados del sur, a fin de reactivar el comercio mundial pero introduciendo modificaciones estructurales en favor de los subdesarrollados. El diálogo norte-sur, que siguió después de 1980, fue muy difícil y la ganancia final para México debe considerarse relativa.

El espacio en donde se mostró con más claridad la diferencia entre México y Estados Unidos fue, otra vez, el de la política regional. México, en unión de otros países latinoamericanos, apoyó abiertamente los esfuerzos de Panamá por recuperar su soberanía sobre la zona del canal. Esta empresa tuvo éxito, pero despertó el resentimiento de los sectores más conservadores de Estados Unidos. Sin embargo, el problema principal de la región no fue el nacionalismo panameño sino los fenómenos revolucionarios, en particular el de Nicaragua. El choque entre México y Estados Unidos en este punto también fue evidente: mientras el gobierno estadounidense vio el proceso de Nicaragua con recelo, temiendo el desarrollo de una segunda Cuba, México lo consideró como el triunfo de un movimiento nacionalista, democrático y antiimperialista, que contribuiría a hacer de la zona centroamericana y el Caribe una región más pluralista y menos sujeta a la influencia de Estados Unidos, lo cual cuadraba bien con el interés nacional mexicano. Inmediatamente después del período que aquí se examina, es decir en 1981, la diferencia de las posiciones se acentuaría y el conflicto se complicaría enormemente hasta ser definido por Estados Unidos como parte de la confrontación global este-oeste; pero esa ya es otra historia.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> René Herrera y Mario Ojeda, *La política de México hacia Centro América: 1979-1982*, 1983. David Arriaga, W. et al., *México, Centroamérica y el Caribe*, 1983.